

en un profundo Tratado, que produjo ensayos de incomparable ingenio y sabiduría, y que, por fin, murió, ya anciano, de un resfriado contraído mientras ensayaba los efectos protectores obtenidos rodeando a un pájaro de nieve, ¿por qué no ha de ser el tema para una película? Harvey, el médico del siglo XVII, que combatió a quienes creían que las arterias estaban llenas de «espíritus» y «vapores», y demostró la circulación de la sangre, he ahí otro argumento fascinador para una película.

Es posible también que los espectadores delicados encuentren algunos de los experimentos bastante desagradables, como les sucedería con una biografía cinematográfica de William Hunter, uno de los mejores cirujanos de todos los tiempos. Hunter convirtió un oficio bárbaro en una profesión toda lo científica posible antes del descubrimiento de los gérmenes y de los anestésicos. Antes de él, afortunado era el enfermo que lograba eludir las atenciones del cirujano-barbero, con su sucio cuchillo y sus sangrías para todas las enfermedades.

Quizá sea más apta para la pantalla la vida del doctor Edward Jenner, hombre modesto y amable, que vivió en el hermoso condado de Gloucester. Observó que las lecheras que habían padecido la viruela de las vacas jamás contraían las viruelas locas. Tuvo el valor de experimentar con su propio hijo. Inoculó a la criatura y a un niño del pueblo con el virus de las viruelas locas—¡he aquí un dramático momento para la pantalla!—, y cuando los sencillos aldeanos estaban a punto de apedrearle por asesinato, presentó a los niños llenos de salud, para demostrar que la vacuna los había inmunizado.

Sin embargo, las pérdidas de vidas humanas en los hospitales de todo el mundo continuaban siendo espantosas. Las operaciones de importancia eran, por lo general, mortales, y las amputaciones secundarias iban seguidas de la gangrena y de la muerte. Un joven cuáquero, Joseph Lister, algunos años antes de haber oído hablar de las investigaciones de Pasteur, dedujo que estos inconvenientes eran debidos a los gérmenes. Roció el aire con ácido fénico y empleó vendajes empapados en el mismo, e inmediatamente decreció la mortalidad. Los hospitales de todo el mundo fueron desinfectados, y por primera vez un cirujano pudo realizar una operación interna sin la casi absoluta certidumbre de que el paciente moriría. Lister, uno de los hombres más nobles y desinteresados que han existido, sería el protagonista de una película que apreciarían todos los públicos.

Casi lo mismo sucedería con Sir James Simpson, quien, al descubrir el cloroformo—Faraday ya había descubierto el éter—, ahorró incalculables sufrimientos a la Humanidad doliente. Examinando la historia de la Medicina en tiempos más recientes, ¿qué puede haber más fascinador que las prolongadas investigaciones de Manson y Ross, ya citadas, que terminaron con el convencimiento de que el mosquito anofeles es el portador de la malaria, y así abrieron a la civilización grandes zonas del mundo? Igualmente valiosos fueron los trabajos de Sir Frederick Banting, muerto en un accidente de aviación en el Canadá, cuya cura de la diabetes mediante insulina ahorra miles de vidas al año. Florence Nightingale, la creadora de las enfermeras, ya ha sido llevada a la pantalla—con bastante ironía—en Hollywood.

Los adelantos logrados por los astrónomos, matemáticos y físicos serían más difíciles de presentar a los auditorios, salvo a los de especialistas. Sir Isaac Newton, con su ley universal de la gravitación y su invento del telescopio reflector, así como con otros muchos triunfos, fué un genio de tal talla, que incluso su rival Leibnitz admitía que a él se debían más de la mitad de los progresos realizados en Matemáticas desde el principio del mundo.

¿Qué parte de estos hechos y de una vida singularmente pura sería adecuada para incorporarla en una película popular? Quizá sólo el incidente de la manzana cayendo sobre su cabeza y dando origen a su famosa meditación sobre la gravedad. La leyenda de que este profundo pensador abrió dos gateras en su puerta, una grande para su gata y otra menor para sus crías, podría

servir como incidente cómico para paliar la excesiva seriedad del argumento.

Las investigaciones de Sir Humphrey Davy sobre electricidad y química aclararon muchas dudas acerca de la naturaleza de los elementos y compuestos; pero lo más adecuado para dramatizarlo es su invento de la lámpara de seguridad, a la que deben la vida muchos miles de mineros. Aun más difíciles de cinematografiar, pero no imposibles, son los trabajos de los físicos y químicos tan distinguidos como Clerk Maxwell, Sir William Crookes, Sir J. J. Thomson, lord Rutherford, lord Rayleigh, Sir William Bragg y el profesor Millikan. Desde 1902, diecisiete hombres de ciencia británicos, incluyendo los cinco que hemos citado primero, han ganado el Premio Nóbel. Debiera haber una película, si no sobre sus teorías e investigaciones, que la mayoría de nosotros no comprenderíamos, por lo menos sobre los resultados prácticos de sus trabajos en campos tales como la electricidad y la telegrafía sin hilos.

Aun más prometedor es la Biología. Se puede imaginar una película interesantísima de la exuberante fauna y flora tropical y de los hermosos arrecifes de coral que proporcionaron a Charles Darwin los datos para su teoría sobre la evolución. También la obra de Cajal sería interesante.

Por último, está el aspecto comercial, la aplicación de la ciencia a la industria; y aquí el operador tiene más amplio campo. Por ejemplo, el primer tren de Stephenson, con la enorme sensación que produjo y las diatribas con que fué saludado, sería un argumento instructivo y ameno. Las calderas de las locomotoras de aquellos tiempos explotaban fácilmente, matando al maquinista; los pasajeros iban en coches abiertos adaptados de las diligencias y se escribía a los periódicos pidiendo que la velocidad se limitase a 12 ó 16 kilómetros por hora, y ridiculizando la idea de que la gente confiara sus vidas a un vehículo que atravesaba el espacio «como un cohete» desplazándose a una velocidad de 32 kilómetros por hora.

(Continúa en la página 82)



Harvey exponiendo su teoría de la circulación de la sangre



Jenner, descubridor de la vacuna contra la viruela, vacunando a su hijo